

Apartado VIII: “La Verdad”

Mi ángel dejó de ser translúcido y emprendimos el vuelo rumbo al Capitolio. Ascendimos hasta una altura considerable, desde nuestra posición contemplábamos la gran ciudad; era interminable. Ya en plena hora punta, el bullicio de la ciudad se hacía notar desde nuestra posición. En poco tiempo, sobrepasamos las murallas y el tránsito aéreo comenzaba a ser más denso de lo común. Conforme nos íbamos acercando a nuestro destino, el movimiento de helicópteros de las cadenas televisivas era especialmente notable.

En la lejanía, pudimos ver el Capitolio y no mucho más lejos de este, Uranom, con algo característico que podíamos apreciar: había numerosas aeronaves policiales rondando por sendas emblemáticas estructuras, lo que empezó a preocuparme de verdad. Al aproximarnos un poco más, pude contemplar cómo la cúpula del Capitolio estaba repleta de ángeles sentados sobre ella. Desaceleré con una inspiración de acongoje. Miré mi brazalete y tenía 24 mensajes pero ninguna llamada. Intenté mantener la calma e ir visualizando uno por uno, haciendo una criba de los más prioritarios. Los más importantes eran los genéricos procedentes del Capitolio, relacionados con las solicitudes de presencia policial por una posible amenaza de seguridad por irrupción en el recinto. Ahora lo entendía, no teníamos tiempo que perder.

—¡Corre, Aarón, antes de que a Cyndarnha le dé por cometer alguna estupidez! —le grité.

En un acelerado vuelo, llegamos a nuestro destino en pocos minutos. Justo antes de nuestra llegada, todos los ángeles fijaron sus miradas en nosotros y se pusieron en pie. Tras un aterrizaje algo forzoso, me situé a los pies de la estatua que sustentaba la corneta de la victoria. Aarón se posicionó a mi lado. Jamás había visto tantos ángeles juntos. Pude escuchar el ruido de los interceptores despegando de la pista superior de aterrizaje del Capitolio. Su misión era defender al SOLO por si ocurría algún imprevisto. Los helicópteros policiales seguían orbitando alrededor de nosotros, vigilando y manteniendo las distancias. Me puse a observar toda la superficie de la bóveda. Había como cuarenta ángeles, cada uno diferente: unos más altos que otros, robustos y más finos, con alas grandes, pequeñas, pero todos únicos, todos seres celestiales. Me observaban en silencio. Inspiré fuertemente.

—¡Hola a todos y bienvenidos al Capitolio! —comencé nervioso, intentando ser lo más diplomático posible. Jamás había dado un meeting a tantos seres celestiales juntos —necesito preguntaros, ¿qué es lo que buscáis aquí? —tras mi inquietud esperando una contestación, ninguno se inmutó. Unos incómodos segundos de espera y miré a Aarón —¿Por qué no me contestan? —le pregunté.

—No entienden tu pregunta, Artanix. No les estás preguntando con tu ser. Recuerda que al principio nosotros tuvimos serios problemas para entendernos hasta que con el tiempo fuimos aprendiendo el uno del otro —contestó.

Tenía razón, no recordaba lo difícil que era entablar contacto con un ser celestial; superaba toda lógica y razón artaniana.

—¿No habría manera de que tú lo hicieras por mí? —quería buscar alguna alternativa más rápida.

—Los ángeles quieren escuchar al SOLO; la figura de un interlocutor, como sugieres, no la entenderían como tal. Para ellos sería como si me vieran traduciendo a una piedra. No lo conciben, no tendría credibilidad.

—¿Me estás diciendo que me ven como un pedazo de roca? —le pregunté con un toque de humor.

Me miraba sin inmutarse, pero escuchaba su interior. Si pudiera reír, lo hubiera hecho.

—Era solo un ejemplo —dijo para mi ser.

—¡Ya lo tengo, Aarón! —me vino la gran inspiración —¡Voy en busca de la Runa Negra, la tengo guardada en mi cuarto! —era la mejor ayuda que podía tener; ella fue la que me dio cualidades para poder ver y entender parcialmente a mi ángel guardián.

—Con ese amuleto podrás hacerlo sin problemas, Leyenda —afirmó.

—Quédate aquí y diles que ahora vuelvo, al menos eso sí te escucharán —ordené a mi ángel.

Me lancé desde la cúpula bajo la atenta mirada de los ángeles y rumbo a la terraza del salón. Tras el descenso de unos cientos de metros, localicé mi zona de aterrizaje. Planeé con mis alas desplegadas y comencé el aleteo para desacelerar mi caída. Debía ser capaz de sustentarme en el aire con el fin de acabar entrando por aquel balcón, pisando antes en la baranda de mármol y, por último, de un brinco, llegar al suelo hábilmente.

Abrí los ventanales que daban al salón. No había nadie, pero la televisión estaba encendida; seguía puesto el canal infantil. Con mi brazaletes, lo cambié y puse el canal de noticias ininterrumpidas. De momento, seguían hablando de la aparición de más ángeles en el Capitolio y que se habían movilizado las fuerzas policiales para controlar el orden público. No se había hecho eco lo de las pintadas, pero tarde o temprano ocurriría; tenía que ser rápido.

Salí del salón y me dirigí apresuradamente hasta nuestro dormitorio, el de Cyndarnha y mío. La puerta estaba entornada. La empujé y miré en su interior; no había nadie. Todo estaba perfectamente ordenado y recogido. Entré y cerré la puerta. Me dirigí al vestidor, abrí las puertas del oscuro armario y aparté toda la ropa de Cyndarnha hasta llegar al fondo. Destapé una baldosa que me dio acceso a mi caja fuerte.

Pulsé los seis dígitos (6, 6, 6, 3, 3, 3) y esta se abrió. Comencé a indagar en su interior: tenía mi pistola junto a un cargador adicional, varios fajos de billetes de 50 y 100 Artas, los códigos de seguridad para accesos a instalaciones como los clonadores del sistema Eureka y su estación espacial, así como del control y funcionamiento de los cubos cuánticos defensivos Euge, Lovem y Scilicet, discos de memoria de nuestros códigos genéticos y el fósil de una escama de lo que se cree que fue un dragón milenario. Todo, menos la Runa Negra.

Me quedé pensativo. No recordaba haberla movido de la caja fuerte, pero era bastante despistado y podía haberla metido en cualquier otro lugar. Me dirigí a mi mesita de noche y

comencé a rebuscar en todos los cajones. Ropa interior, libros. No tuve suerte. Me senté en la cama a quebrantarme los sesos, pero ninguna pista surgió en mis pensamientos.

¿Podía haberla cogido Cyndarnha? Era una posibilidad, pero ¿para qué iba a querer ella la Runa Negra? El amuleto aumentaba la capacidad de razonamiento, elocuencia, percepción extrasensorial, espiritualidad... Me quedé en blanco. El día anterior, en el salón, pude haber creído todo lo que me dijo si no hubiera sido porque me tocó el brazo y pudo transmitirme todas aquellas malévolas intenciones. No sabía si eso podía ser verdad, así que lo primero que hice fue buscar en el primer sitio que tenía a mano, los cajones de su mesita de noche.

Abrí el primer cajón y rebusqué entre su ropa interior. Reconozco que aquello me trajo muy buenos recuerdos; era muy atractiva y realmente estaba enamorado de ella. Me quedé mirando fijamente su lencería, recordaba cuando se la ponía para mí, para lucirse, para seducirme. Otros tiempos, tiempos felices. Dejé la melancolía de lado; enturbiaba mi mente y me impedía proseguir con mi misión. Busqué con testarudez, concienzudamente, hasta que en el último cajón topé con algo. Metí la mano hasta el fondo y encontré un objeto metálico. Lo saqué: no era más que su antiguo brazalete. Estaba apagado, pero me picó la curiosidad y quise ver si aún tenía algo de energía. Lo encendí y comenzó a iniciarse su sistema. Mientras cargaba, fui a nuestro despacho para seguir buscando el amuleto. Debía encontrarlo.

Llegué a la puerta del despacho; estaba cerrada. Pasé mi brazalete por encima del lector, pero la luz verde confirmando mi pase no apareció, no tenía acceso. Volví a pasarlo de nuevo, pero el resultado fue el mismo. Comenzaba a molestarme no poder tener acceso a nada. Claramente, ya no era por motivos de mi transformación a ángel, sino porque parecía evidente que me habían deshabilitado para la mayoría de los accesos a los sistemas.

Miré el brazalete de Cyndarnha y completó su encendido; aún tenía 13% de energía. El lector reconoció este, la luz verde se encendió y un sonido de desbloqueo se apreció. Me quedé atónito. Fue un golpe fortuito lo que me permitió tener acceso al despacho, y una inmensa y extraña sensación en forma de vibración invadió mi ser. Algo más energético que una intuición inundó todo mi cuerpo, la necesidad imperiosa de entrar y conocer qué estaba sucediendo, conocer la verdad.

Entré dudosamente; no sabía si quería saber con seguridad lo que me esperaba tras la puerta. Tras entrar, cerré sigilosamente. Hacía mucho tiempo que no entraba allí. La luz estaba tenue, los diversos monitores estaban encendidos y era lo que mantenía aquella habitación levemente iluminada, ya que no había ventanas. Podía sentir los ventiladores de los respiraderos situados en el techo. Numerosas estanterías con libros y documentos decoraban el lugar y me hacían compañía. Anteriormente, era nuestro lugar escueto de trabajo, donde manteníamos reuniones breves para gestionar asuntos internos de Artania o donde gestionaba mis proyectos y propuestas como los movimientos de las fuerzas por la galaxia.

Me dirigí hasta el sillón del escritorio y me senté. Era de cuero negro, giratorio y reclinable, bastante cómodo. Comencé a rebuscar entre los documentos de aquella mesa de lacado blanco y toqué el tablero táctil del ordenador. Con esto, se encendió la pantalla y el brazalete automáticamente enlazó con la sesión bloqueada de Cyndarnha. En pocos segundos, se

desbloqueó el ordenador y comenzó una transferencia de datos. El brazalete comenzó a recibir información del sistema, actualizando todos los datos desde la última vez que se apagó.

Me quedé inmóvil; no sabía qué estaba pasando, pero mis sentidos me advertían de que aquello que acontecía era necesario y que no me iba a gustar en absoluto. Había una alta probabilidad de que se pudiera dar aviso automáticamente al dispositivo de la Líder de que alguien más estaba accediendo a sus ficheros y aquello podría suponer meterme en serios apuros. El dispositivo paró de procesar y me quedé observándolo obtuso.

¿Cómo podía ser que me sintiera intruso incluso en mis propias dependencias? Un sonido al final del pasillo me hizo reaccionar. Mis sentidos estaban agudizados y podía percatarme de cosas que antes no; tenía que darme prisa. En un acto decisivo, manipulé aquel brazalete digital encontrado en el fondo de un cajón como sucedió en mi sueño. Enlacé con la bandeja de entrada de la mensajería en busca de la verdad.

Mensajes y más mensajes. Incontables mensajes. El remitente, desconocido. Abrí el último correo recibido esta misma mañana.

De: Desconocido__uuu???????ERROR_01

Enviado: Hoy, 10:54 h. Local

Para: Líder de Artania

Asunto: (ver más detalles)

Siento este cambio de planes. Antes de que acabe el día de hoy tendrás más efectivos a tu disposición. No te preocupes por él; sé que lo harás bien y que tomarás el control rápidamente de la situación. Cuando empieces, recuerda que debes eliminar cualquier apoyo que tenga. Haz que se vuelvan contra él.

Pronto estaremos juntos, mi amor, te lo prometo.

De: Líder de Artania

Enviado: Ayer, 23:49 h. Local

Para: Desconocido__uuu???????ERROR_01

Asunto: (ver más detalles)

Ha entablado contacto con un ángel; ahora parece que empiezan a seguirle unos cuantos más. Si continúa así, es probable que en poco tiempo se haga con el control de ellos, pero no se lo voy a permitir. No voy a dar tiempo a que eso suceda. Le estoy presionando mucho para que pierda los nervios y cometa alguna imbecilidad. Cuando ocurra, no tendrá más opción que irse.

Necesito que las personas le cojan miedo, a él y a los ángeles. Solo de esta forma podré acabar con ellos con total libertad. Te quiero, Alhocer.

De: Desconocido__uuu???????ERROR_01

Enviado: Ayer, 15:06 h. Local

Para: Líder de Artania

Asunto: (ver más detalles)

Es imposible que se haya transformado en un ángel, pero siendo así, da igual ya. Nos viene francamente bien. Intenta que tu pueblo le tome por loco, que ha perdido el juicio. Existen formas de enloquecer a esas bestias; ya me encargaré yo de ellos. Tú solo haz creer a la plebe que son el enemigo y que solo intentas salvarlos. Tienes lo que necesitas para hacerlo. Tienes las herramientas necesarias; úsalas. Si consigues que se marche, mejor.

Te quiero con locura.

De: Líder de Artania

Enviado: Ayer, 13:09 h. Local

Para: Desconocido__uuu???????ERROR_01

Asunto: (ver más detalles)

Ha habido un enorme contratiempo, mi amor. ¡Ha vuelto de nuevo con su guardián! Pensaba que se había ido para siempre, pero está aquí. ¡Ahora es un ángel! No sé cómo lo ha hecho, ni cuándo, ni cómo, pero lo ha logrado.

¡Dime qué hago, mi amor! ¿Qué hago?

De: Desconocido__uuu???????ERROR_01

Enviado: Antes de ayer, 18:52 h. Local

Para: Líder de Artania

Asunto: (ver más detalles)

Ya estamos trabajando en ello. El salto lo realizaremos dentro de 7 órbitas Creales, para tu cronología, unos diez meses de Alcartia. Con nuestras fuerzas unidas, dominaremos todas las galaxias conocidas.

Te extraño mucho. Espero volver a verte pronto.

Los mensajes no acababan. Las primeras conversaciones se remontaban a pocos meses después de nuestra ceremonia nupcial. No podía salir de mi estupefacción, cuanto menos de mi extrema alarma. La ubicación del remitente era desconocida para nuestros sistemas; al menos su origen no era de esta galaxia.

La entidad conocida como "Alhocer" no procedía de nuestros mundos conocidos. Había entablado contacto con Cyndarnha hacía bastante tiempo y logrado estar presente físicamente dentro de nuestras fronteras, pero no sabía ni cuándo ni cómo. Ya sea invitado o sorteando todos los controles fronterizos artanianos, camuflado posiblemente en alguna personalidad de importancia o no, ya no importaba. Estaba siendo engañado como esposo y como aliado desde hacía muchísimo tiempo, antes incluso de haber conocido a Lyvenser. Ahora comprendía; ahora todo cobraba un sentido. Había descubierto "La Verdad".

Me dirigí al buscador de la mensajería y escribí "runa negra". El sistema comenzó su búsqueda hasta que encontró un mensaje que contenía esas dos palabras:

De: Líder de Artania

Enviado: Hace más de un año, 05:22 h. Local

Para: Desconocido__uuu???????ERROR_01

Asunto: (ver más detalles)

Ya he encontrado La Runa Negra. A partir de ahora seguiré tus instrucciones.

Quedaba claro que todo estaba premeditado hasta el más ínfimo detalle. ¿Realmente estuvo Cyndarnha enamorada de mí alguna vez? Tenía mis serias dudas. Habiéndome arrebatado el artefacto hacía ya mucho, tuvo extremas facilidades para hacer y deshacer, sutilmente y a su antojo, todo cuanto quiso hasta que pudiera llevar a cabo su maquiavélico plan, sin que nadie pudiera ser consciente de ello, sin que nadie pudiera impedirselo.

Mi furia comenzó a crecer y mis vibraciones salían más allá del edificio, pero no podía dejarme llevar por mis impulsos, ahora no. Tenía que pensar fríamente, inteligentemente y ser rápido, muy rápido, antes de que acabasen conmigo de una manera despiadada. Recapacité e hice una improvisada evaluación de la situación.

Como conclusión, Cyndarnha se casó conmigo por claros intereses, antes o después de haber conocido a la entidad Alhocer. Esta pudo darle instrucciones para poseer el amuleto ya que era codiciado por los seres oscuros; quizás envenenó la mente de La Líder para poder llevarlo a cabo y finalmente venir a conquistarnos.

Alhocer no procede de nuestra galaxia, puesto que planea hacer un salto de meses artanianos con fuerzas desconocidas, pero posiblemente sobredimensionadas para ser capaz de llevar a cabo varias conquistas, o al menos eso dice. Alhocer debe de ser una entidad celestial antagónica a los ángeles, de ahí su rivalidad. Es obvio que los ángeles son un severo obstáculo para dicha entidad, y que yo haya podido hibridarme parcialmente con ellos le ha supuesto un

gran contratiempo. Evidentemente me habían subestimado, porque no concebían que pudiera llegar ni siquiera a poner en marcha dicho proyecto y que, desde hacía tiempo, mi figura de SOLO les entorpecía para sus propósitos.

Claramente llegan hasta Alcartia con suma facilidad, quizás por alguna vía que actualmente desconozco, pero sí lo suficientemente pequeña como para no lanzar una invasión a gran escala desde allí. Por eso Cyndarnha solicitó el despliegue de los Acorazados, para dejar desprotegida Artania y dejar vía libre a los invasores. ¿¡Es que había perdido el juicio?! Estaba claro que sí.

El antiguo brazalete de Cyndarnha comenzó a pitar. La batería se agotaba demasiado rápido, por eso lo cambió en su día. Iba por el 5% de su energía y bajando. Empecé a hacer capturas de imágenes directamente desde mi brazalete; debía disponer de pruebas suficientes y convincentes para desacreditar a La Líder y al Consejo, mostrándolas en el Centro de la Defensa, Uranom, y en el Centro de Fuerzas del Orden y Seguridad Ciudadana, Zubiom. Necesitaba todos los apoyos posibles.

Mientras tomaba imágenes de todo cuanto podía, el brazalete se apagó y la sesión del ordenador se bloqueó. Se escuchaban pasos por los pasillos. Me quedé helado. ¿Por qué quiso traicionarme? Poco a poco me iban llegando recuerdos a la cabeza y ahora podía completar el puzle con las piezas que me faltaban. Ahora entiendo muchas cosas: la falta de sexo, los desaires, las malas intenciones... pero extrañamente me sentía bien, por decirlo de alguna manera, liberado. La verdad como tal me liberó, me quitó la venda de los ojos y me hizo ver la cruda y amarga realidad.

Dejé el brazalete encima de la mesa, me levanté del sillón y salí del despacho, aún sin dar crédito a lo que estaba sucediendo. Ya en el pasillo podía escuchar las voces de Syndhia y Arteya. Se encontraban en el salón y me dirigí hacia allí, con paso firme, intentando mantener la calma. Al entrar, las dos me miraron.

—¿Artanix, qué pasa? —dijo Syndhia con tono alarmado.

No entendía el porqué de su reacción. Me miré en el reflejo de uno de los ventanales y tenía los ojos totalmente rojos, como los de Aarón en la sala de juntas. Mis alas estaban erizadas completamente y emitía una vibración que claramente transmitía al resto de las personas, casi radiactivo.

—¿Papi, estás bien? Tienes los ojos rojos, ¿estás cabreado? —las palabras de mi hija me quebrantaron y perforaron el alma. ¿Qué le iba a decir yo ahora?

—No me pasa nada, cariño, estoy practicando una nueva forma de ver —la respuesta aún más las asustó. Mi voz se tornó muy grave, casi irreconocible hasta para mí. Tosí falsamente para disimular—. Me he tomado una medicina porque me duele la garganta, cariño, no te preocupes.

La cara de Arteya cambió a un rostro más aliviado, pero ese embuste no se lo tragó Syndhia.

—Sysy, tengo que mostrarte algo —dije mientras me dirigía hacia ella con mi brazalete alzado y se lo puse directamente en frente de la cara.

Ella sostuvo mi brazo y comenzó a leer en la pantalla. Iba pasando con el dedo las imágenes, leyendo las conversaciones detenidamente. Inspiró en un intento de coger el último aliento, parecía que le iba a dar un paro cardíaco. Se tapó con las dos manos la boca y dos caños de lágrimas comenzaron a caer por sus ojos. Miré a Artreya, que estaba entretenida viendo los dibujos animados; no quería que se enterara. Syndhia miraba a mi hija y me miraba a mí.

—Te juro que no sabía nada, te lo juro —dijo entre sollozos, en un extremo susurro casi sin aire mientras negaba con la cabeza.

Miré sus ojos detenidamente, su ser me transmitía sinceridad, no mentía. La agarré del brazo sutilmente y la invité a alejarnos de la pequeña.

—Syndhia, tu hermana ha cometido un terrible error. Va a dejar que seamos invadidos para formar una alianza con vete tú a saber quién. Es alta traición —le susurré.

—Artanix, mi hermana está loca, ha perdido el juicio. Llevo viéndolo desde hace tiempo —contestó sigilosamente y sin cesar de emanar lágrimas.

—Debo comunicarlo a Uranom y Zubiom. Debemos desacreditarla como Líder y reaccionar lo antes posible. La mitad de la flota ha saltado y no podemos hacer que vuelvan hasta que no lleguen a sus respectivos destinos y, por supuesto, que reciban nuestros mensajes de retorno. Las ha esparcido por todo el dominio de Artania en la galaxia; habrá naves que estén saltando más de 30 días —le expliqué.

—Por favor, no lo hagas —dijo ahogándose en lágrimas—. Habla con ella, por favor. Seguro que es todo una confusión. Te lo suplico —rogó, apretándose las manos con fiereza. No podía negarle ese derecho a ella; había sido como una hermana para mí.

—De acuerdo, la llamaremos desde el pasillo y quiero que escuches la conversación, quiero que seas testigo —dije mientras ella afirmaba con la cabeza y se secaba las lágrimas con el antebrazo—. Artreya, ahora volvemos, cariño. Danos un minuto —le dije a mi hija, que ya andaba sumergida en el capítulo.

Salimos al pasillo y encajamos la puerta del salón. Antes de mi llamada, le envié algunas imágenes que había capturado por mensajería. A los pocos segundos, recibió el mensaje. Tras una leve espera que se hizo interminable, la llamé desde mi brazalete.

—Dime, ¿qué quieres? —contestó al instante Cyndarnha, con tono muy despectivo.

—Nada, simplemente que me expliques lo de las imágenes que te he mandado —dije, intentando menguar mi tono embravecido casi automáticamente.

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer que ponerte a leer mis conversaciones? ¿Cómo darte un par de vuelos o algo de eso? —explayó con tono irónico e impertinente.

Solté una carcajada; no podía creer lo que acababa de oír.

—¡Pues mira, no tenía nada mejor que hacer! —seguí en su misma línea, poniéndome a su altura.

—Pues mira, esto es lo que vas a hacer —continuó tranquilamente, como si el asunto no fuese con ella—. Vas a coger, vas a eliminar todos esos ficheros que me has mandado y, como se te ocurra decir algo a alguien de lo que has visto, voy a arruinarte la vida —soltó desafiante, envolvente y extremadamente convincente. Tenía la runa con ella—. Acabaré contigo. Te desacreditaré ante los medios de comunicación masivos y no tendrás ya cabida en Artania. Nadie recordará tu nombre y no volverás a ver a “mi hija” nunca más. ¿Te parece bien el trato? —finalizó.

Mi cara se desencajó. Syndhia tapó su cara con sus manos e intentó no estallar en llanto para evitar ser escuchada por su hermana. Miraba el brazalete enmudecida; todo mi mundo se desmoronaba.

—Te tengo que colgar. Ya he oído suficiente —colgué.

Miré a Sysy. No podía creer la conversación que acabábamos de tener. Pasamos de ser amigos, pareja, aliados a encarnizados enemigos en pocos segundos.

—Debo irme, Syndhia. Cuida de Artreya hasta que vuelva —fueron mis instrucciones.

—Por favor, Artanix, es mi hermana —suplicaba desalentada.

—Tu hermana ha decidido. No puedo permitir que nos hunda, Syndhia. No puedo permitir que nos arruine la vida de esta manera —contesté decidido.

Son situaciones en las que uno jamás se imagina que vaya a estar y que jamás se imagina que le vaya a suceder, pero que tiene claro cómo debe actuar y proceder en ese preciso momento. Comencé a andar por el pasillo para salir por una ventana lateral, que no implicara cruzarme con mi hija. Pero me detuve repentinamente; no podía dejar este asunto así, sin más. Saqué nuevamente mi brazalete y marqué los dígitos que me llevaban a comunicarme con el desconocido Alhocer. Se inició la llamada aunque con bastante retardo. Alguien descolgó y emitió unos extraños sonidos. Tras hacerse el silencio, respondí.

—¿Sabes quién soy? —pregunté con mi voz agravada.

—No —respondió una voz masculina con un acento artaniano diferente y distorsionada. Podía notar que era un varón no mayor que yo.

—Soy Artanix, ¿me conoces, no? —comencé a increparle.

—No, señor, no le conozco —respondió a los pocos segundos, debido al retardo. Su paráfrasis me indicó que mentía y que, a su vez, no podía salir de su asombro al ver que me había puesto en contacto con él directamente.

—Sabía de todos tus planes desde hace tiempo y me quería divertir un poco —procedí a decirle con una risa casi diabólica. Mi ser vibraba atterradoramente.

—Mira, Artanix, probablemente estés muy equivocado con nuestros propósitos. Yo con tu mujer... —le interrumpí precozmente para lanzarle un aterrador mensaje que lo dejaría totalmente consternado.

—Están llegando y apuntando hacia tu posición mis tres Cubos Defensivos cuánticos: Euge, Lovem y Scilicet. Además, te mando como invitado a Arconte y sus colegas los titanes. ¡Que tengas buen día! —le dije ferozmente. Quería infundirle miedo y terror con aquel improvisado farol.

—¿Me estás amenazando?! —gritó enfurecido, dejando tras de sí unas brutales interferencias.

—No, Alhocer, no es una amenaza, es un hecho. Los tienes ahí en tres minutos. Te he dado margen de tiempo para que puedas darte la carrerita de tu vida y salir de tu mierda de guarida. ¡Espero que te des prisa! ¡Ah, y dale saludos de mi parte! —dije como un auténtico sicario a punto de ejecutar a su víctima. El tono desgarrador, junto con la furia, salió de lo más profundo de mi alma, y el desconcierto producido le hizo dudar hasta el punto de que comenzó a suplicar.

—¡A ver! ¡Espera! ¡Podemos hablar...! —fueron sus últimas palabras antes de que le colgara. La argucia me salió bien; al menos eso me haría distraerles para así ganar algo de tiempo. Syndhia me miraba perpleja.

—Artanix, tranquilízate, así solo conseguirás empeorar más las cosas —la miré de arriba abajo, me di media vuelta y me fui. En mi camino me llamó la atención un cuadro. El retrato de la madre de Syndhia y Cyndarnha estaba junto a mí. Lo observé y levemente recordé a aquella entidad en forma de espectro que apareció en mi sueño, advirtiéndome que tenía que buscar “La Verdad”.

—Gracias por mostrármela —dije a aquella imagen haciendo un gesto de cortesía con la cabeza y me marché. Conforme avanzaba por el pasillo, cogí carrerilla y procedí a lanzarme por la ventana del fondo.